

# Novelas Depuradas de Ripios

Aunque el leonés Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923), uno de los más tozudos y consistentes cultivadores de cuentos de este país, tenga su propio decálogo acerca de lo que debe ser, o debe contener, un relato (y así aparece al final de su prólogo a esta "selección personal de relatos", que es Me gusta contar), cómo no pensar en ese moisés uruguayo, el gran Horacio Quiroga, con su célebre Decálogo del perfecto cuentista y ver cómo lo sigue ese excelente cuentista que es Antonio Pereira.

"En un cuento bien logrado", escribía Quiroga, "las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas". Y se aplica a ello Pereira. En esta amplia antología personal, en este muestrario de toda una vida dedicada, con desigual fortuna (de favor lector), a un género tan poco valorado hasta hace bien poco tiempo, Pereira arranca en caliente, no se demora en marear la perdiz o en citar desde lejos; al contrario, desde esas líneas iniciales se le desborda la pasión de contar y coge la historia en su esencia (siempre hay historias en sus cuentos, raramente una atmósfera o una sensación; siempre una historia, un sucedido, muchas veces con una vuelta de tuerca humorística).

Y lo hace con la verdad de su pasión por la narración pura por delante ("no adjetivos sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil", Quiroga). Adjetivos y sustantivos, podados de artificio, se ponen al servicio de la más descarnada oralidad de la historia: ésta, en Pereira, se oye, y no, en cambio, se escucha la hojarasca seca de los adjetivos excesivos cuando los pisa, en otros casos, en otras prosas, el lector. Y desde su convicción, y apoyándose en Quiroga, es capaz (en El hombre de la casa) de enmendarle la plana al mismo Poe y decir lo que aquel, el norteamericano, en muchas menos palabras, el leonés (véase). "Toma a tus personajes de la mano", aconsejaba el uruguayo y Pereira se sale, en parte, del guion: los deja a su aire (ése es su acierto, que el lector se lo crea), y éstos van y vienen por estas páginas, van en busca de sus historias o para escuchar las historias de los demás; esta selección es un hormiguero en febril movimiento. Son muy viajados los personajes de Pereira, aunque tengan las raíces a flor de memoria, pues ocurre, por ejemplo, que una anécdota banal en Katmandú remueve el avispero de su tierra leonesa, un sucedido de entonces. "No abuses del lector", aconsejaba también Horacio Quiroga. "Un cuento es una novela depurada de ripios". Y Pereira, convencido, se aplica al cuento.

Por eso difícilmente el lector destacará, de entre la excelencia generalizada, un relato que especialmente le haya gustado (tal vez *El ingeniero Démencour* o *El síndrome de Estocolmo*, o esa joya que es, a la manera de Monterroso, el brevísimo *Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos*: sin ninguna duda es, ese cuento, una novela depurada de ripios: y en 10 líneas).

Queda el conjunto, nada desafina.